

suyo con malas razones, no contestaba, sino decia graciosamente: «Veo que esas son vuestras razones; pero no todas las razones son razonables.—Pero eso es, le contestó uno, como si dijerais que el calor no es caliente.—No por cierto, contestó; hay una gran diferencia entre el razonamiento y la razon; el uno es el camino que debe conducir á la otra, y á menudo hace que se estravie.» (1)

Si del jardin subian á la biblioteca, entonces la conversacion giraba sobre los libros y las conciencias. Un dia, habiendo Francisco encontrado á mano una obra muy docta, pero poco clara en la esposicion, que tenia escritas en la primera hoja estas dos palabras: *Fiat lux!* «La aplicacion es justa, dijo, el autor ha dado varios libros al público, y aún no ha puesto ninguno en luz: es una lástima ser tan sabio y no saber espresarse. Una medianía con una palabra clara es preferible. ¡Viva la claridad! sin ella nada puede agradar.» (2) Habiéndole citado un dia el Obispo de Belley á Séneca, como un filósofo cuyas máximas se aproximaban mucho al Evangelio: «Con respecto á la letra puede ser, contestó, en cuanto al espíritu de ninguna manera: porque el espíritu del Evangelio solo tiende á despojarnos de nosotros mismos para revestirnos de Jesucristo, haciendo que nos renunciemos para que llevemos la cruz, y este filósofo, por el contrario, nos está recordando siempre á nosotros mismos, y hace de su sabio un orgulloso que se complace en su escelencia (3). El sabio del Evangelio es pequeño á sus ojos y no se estima en nada; el sabio de Séneca se imagina ser superior á todo, y se considera como el artífice de su propia fortuna y el dueño del universo.—Aquí teneis, dijo Monseñor de Belley, una bella espresion de este filósofo: Es sin duda grande de corazon, el que come en los platos de barro

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. VII, sec. XXVIII; part. XVI, sec. XX.

(2) *Idem*, part. III, sec. XI.

(3) *Idem*, part. XVI, sec. XVI.

»con tanto gusto como si fueran de plata; pero es mas grande aún, el que come en platos de plata sin hacer mas caso de ellos que si fueran de barro.—En eso, contestó el Obispo de Ginebra, tiene razon ese filósofo, porque el primero se alimenta con una imaginacion hueca que puede estar sujeta á la vanidad, mientras que el segundo se muestra superior á las riquezas, no ocupándose mas de ellas que si fueran polvo.»

Habiendo los dos prelados pasado de la biblioteca á hacer una escursion á la Cartuja, encontraron en ella estos dos versos de Tibulo, escritos con gruesos caracteres sobre su mesa.

*Tu mihi curarum requies, tu nocte vel atra
Lumen, et in solis tu mihi turba locis.*

Francisco, arrebatado con la belleza de estos versos, que entendia en mejor sentido que el poeta, se puso á comentarlos. «*Tu mihi curarum requies*. Si verdaderamente Dios es el único reposo de mi corazon, aun en medio de las solicitudes se disfruta la paz si se descansa en Dios; en Dios, mas que en una celda, se debe elegir una habitacion; bienaventurados los que habitan en esta casa. «*Tu nocte vel atra lumen*. Jesus es nuestra luz, en medio de las tinieblas del mundo; él nos ilumina con sus ejemplos y sus máximas. ¡Oh, cuán hermoso dia hizo de la noche en que nació en Belén, y cuán felizmente ilumina á todo hombre que viene á este mundo! *Et in solis tu mihi turba locis*. La conversacion con Dios en la soledad vale mas que con la multitud que asedia las puertas de los grandes.

»Es preciso complacerse consigo mismo cuando se está en la soledad, y con el prójimo como consigo mismo cuando se está con él, y en todas partes no complacerse mas que en Dios, que hizo la soledad y la sociedad. En todas partes se está bien con Dios, y en ninguna parte sin él hay felicidad.—¡Oh, dijo Monseñor de Belley, cuánto envidio la soledad de este buen cartujo!—La so-

»ledad es buena, contestó Francisco, cuando Dios nos conduce á ella, pero de otro modo es mala. Se cree que ofrece menos ocasiones de pecados; pero el hombre se lleva á sí mismo y se encuentra en todas partes, y la miseria le sigue como la sombra al cuerpo. Muchos, además, se engañan imaginándose tener una virtud, porque no tienen el vicio opuesto. Hay mucha distancia entre no tener un vicio y tener la virtud contraria; es un principio de sabiduría no tener locura, pero principio tan débil que no merece el nombre de sabiduría. La abstención del mal no es mas que el plano donde debe levantarse el edificio. En fin, hay muchas virtudes que no se pueden practicar en la soledad. ¿Cómo practicará la obediencia aquel á quien nadie manda; la paciencia aquel á quien nadie contradice; la constancia el que no tiene nada que sufrir; la humildad el que no tiene superior; la amistad el misántropo, que huye la sociedad de los demás hombres, á los cuales está obligado á amar como á sí mismo? (1)—Sin embargo, dijo Monseñor de Belley, ¡cuántos méritos atesoran estos buenos cartujos!—Pero nosotros también, replico el santo Obispo de Ginebra, ¡cuántos méritos podemos adquirir con nuestras mas insignificantes acciones! Ocasiones de ganar gruesas sumas no se encuentran todos los días, pero todos se pueden ganar algunos cuartos; y estas pequeñas ganancias bien administradas, forman con el tiempo una gran fortuna: así amontonaremos grandes tesoros para el cielo, si aprovechamos las pequeñas ocasiones que se encuentran á cada paso. Un pequeño acto de virtud hecho con grande amor de Dios, es mas excelente y meritorio que un acto sublime hecho con menos amor. Yerran los que estiman en poco una pequeña descendencia con el carácter del prójimo, una dulce tolerancia con los defectos de otro, con una mirada ofensiva, con una pequeña preferencia, con un desprecio ó con una importunidad; una respuesta amable á una acusación

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. II, sec. VIII.

»injusta y amarga; la dulce aceptación de una repulsa; un acto que parece abatirnos bajo nuestra condición, ó un testimonio de bondad á nuestros inferiores; todo eso es pequeño á los ojos del mundo, que no quiere sino virtudes altas y visibles, pero es grande delante de Dios.»

De vuelta á su palacio el Obispo se entretenía algunas veces viendo jugar, mientras la recreación, á algun juego inocente. No podía sufrir en él la superchería que engaña á los otros, y habiéndole dicho uno por escusarse que solo jugaba á ochavo el tanto: «¿Qué sería le contestó, si jugarais á doblon? El que es fiel en las cosas pequeñas, también lo será en las grandes; el que teme tomar un alfiler, no robará un escudo: la perfecta fidelidad para con Dios consiste en abstenerse de las menores faltas puramente por su amor, que las grandes faltas inspiran por sí mismas tanto horror, que es fácil evitarlas: con la fidelidad en evitar las pequeñas se muestra el amor.» (1)

Otras veces, derramaba su corazón con una santa libertad en el seno de su amigo. «¡Oh! si supierais, decía, como trata Dios á mi corazón, daríais gracias á su bondad, y le rogaríais me diera el espíritu de consejo y de fuerza para ejecutar las inspiraciones de sabiduría é inteligencia que me comunica. ¡Qué bueno debe ser el Dios de Israel para los que tienen el corazón recto, puesto que lo es tanto con los que tienen un corazón tan miserable como el mio, tan ingrato á sus gracias y tan inclinado á la tierra! Tiemblo algunas veces temiendo que Dios me conceda el paraíso en este mundo; no sé propiamente lo que es adversidad, y no he visto nunca la cara á la pobreza. Dios conoce bien mi debilidad y me trata como á un niño. ¿Cuándo me hará la gracia, despues de haber disfrutado tanto de sus favores, de que suspire un poco bajo la cruz, puesto que, para reinar con él, es necesario sufrir con él.» (2)

(1) Dep. de M. de la Pesse.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. X, sec. XXXI.

Monseñor de Belley añade, que oyendo sus discursos se sentia, como los discipulos de Emaús, todo abrasado en el amor divino.

Callamos aquí otras muchas buenas palabras y rasgos interesantes que reproduciremos mas tarde, volviendo ahora á tomar el hilo de la historia.

Poco despues de la primer visita de Monseñor de Belley, el santo Obispo recibió otra mas ansiada de su corazon, y fué la de su venerable madre, que vino á hacer bajo su direccion un retiro espiritual, con la intencion de prepararse á la muerte. Empleó en él un mes entero, santificando todo este tiempo con fervorosas oraciones y abundantes limonas, con frecuentes Comuniones, y con la asistencia á todos los sermones y esplicaciones del catecismo del Obispo, y en fin, con una confesion general que hizo con él. No hay nada tan interesante como las mútuas relaciones del hijo y de la madre en esta ocasion: habia por una parte y por otra veneracion y amor, ternura y piedad; y no se sabia que admirar más, si el respeto del hijo ó la humildad de la madre. Por último, despues de haber terminado estos piadosos ejercicios se retiró al castillo de Sales, donde la llamaban sus negocios, y dijo al partir estas bellas palabras, que revelaban el fervor de su retiro: «No he tenido nunca en mi vida tanto consuelo como el que acabo de recibir de mi hijo y de mi padre.» (1)

Dispuesta así para su último paso, como si hubiera tenido presentimiento de su próxima muerte, vivió entre ejercicios de piedad y de abnegacion de un corazon todo de Dios.

El miércoles de Ceniza fué á la iglesia, se confesó y comulgó con gran devocion, oyó tres Misas y las Vísperas, y por la tarde, antes de dormirse, hizo la leyesen tres capítulos de la *Introduccion á la vida devota*, para ocuparse interiormente en santos pensamientos. Pero al dia siguiente en el momento en que se vestia, fué atacada súbitamente

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. XIII, sec. IV.

de una apoplejía que la paralizó todo el cuerpo. El Baron de Thorens, advertido del accidente, acudió al punto, procuró hacerla volver en sí por medio de esencias, llegando á conseguir que articulase algunas palabras aunque poco inteligibles, y envió prontamente á buscar al Obispo. Este, que acababa de terminar la visita canónica en todas las iglesias de la ciudad, escepto la catedral, que habia reservado para otra época, montó en seguida á caballo, llegó á toda prisa acompañado de un médico y un boticario, y encontró á su tierna madre en el estado mas alarmante. Ella le reconoció por la voz, y tomando su mano para besarla religiosamente: «Os debo, le dijo, este testimonio de respeto como á mi padre;» luego, estendiendo el brazo para acercar su cabeza y abrazarle, «y os debo esta señal de ternura como á mi hijo.» Entregándose luego á los sentimientos de su piedad, no se ocupó mas que de Dios, teniendo continuamente el Crucifijo en la mano y besándole con gran respeto, haciendo la señal de la cruz en todo lo que la daban á beber, y multiplicando sin número los actos de fe, de esperanza, de caridad y contricion que el santo la sugeria. Vivió dos dias y medio en este estado, y despues de haber recibido la Estrema-Uncion con perfecto conocimiento, entregó su hermosa alma á Dios, conservando en su rostro una serenidad y una paz que tenian algo de celestiales (1). Así murió esta mujer fuerte, madre de trece hijos, de los cuales seis habian muerto de tierna edad, y los otros siete, gracias á la buena educacion que les dió, fueron por sus virtudes la gloria y la alegría de su casa.

Francisco recibió su último suspiro, la bendijo, le cerró los ojos y la boca, y despues de haberla besado por última vez, dió libre curso á sus lágrimas, que no podia ya contener, llorando sin embargo sin amargura, y con una apacible resignacion en el benéplacito divino. La tributó todos los honores fúnebres, é hizo depositar su cuerpo en el sepulcro de familia, que estaba en la iglesia de

(1) Carta CXCVI.

Thorens. Para comprender su dolor en esta circunstancia es preciso saber que, aun siendo Obispo, habia conservado á su madre toda la ternura y respeto del mejor de los hijos. «Por la mañana y por la noche, cuenta el Padre la Riviere (1), iba á saludarla y abrazarla cuando estaba en la cama. Durante el dia, cuando los deberes de su cargo se lo permitian, le daba hasta tres y cuatro horas de conversacion; y todavía esta madre tan amada, se quejaba porque no estaba mas con ella.»

Esto es lo que hace mas admirable la resignacion con que habla de esta muerte, tanto á Deshayes, su fiel amigo, como á la señora de Chantal. «Dios ha querido, le dice, sacar de este miserable mundo á nuestra buenísima y amadísima madre, para llevarla consigo al cielo, como espero, fundado en que era una de las almas mas inocentes y mas bellas que se pueden encontrar..... (2) Dios es bueno y su misericordia no tiene límites, todas sus disposiciones y decretos son justos y santos; su divino beneplácito es siempre muy amable. Á él me someto á pesar del dolor de esta separacion, dolor vivísimo sin duda, pero no obstante siempre tranquilo, porque digo como David: *Me he callado, Señor, y no he abierto mi boca para quejarme, porque sois vos, Señor, el que lo habeis hecho.* Si no fuera por eso estaría inconsolable; pero no me atrevo á manifestar ningun disgusto bajo los golpes de esta mano paternal que he aprendido á amar desde mi juventud.» (3) Palabras semejantes á estas decia de viva voz á la Señora de Chantal. «En medio de mi corazon, que ha sentido tan vivamente esta muerte, experimento sensiblemente una suave tranquilidad y un dulce reposo en la divina Providencia, que derrama en mí un gran contento en medio de mis aflicciones.» (4)

(1) Página 453.

(2) Carta CXCV.

(3) Idem, ibid.

(4) Dep. de la Santa Madre de Chantal, art. 30.

Francisco empezaba apenas á reponer su alma del terrible golpe que la habia herido, cuando tuvo que llorar otra muerte, la de Enrique IV, ocurrida en París el 14 de mayo, del modo tan deplorable que todo el mundo sabe. Este gran príncipe amaba al Obispo de Ginebra tanto como lo estimaba, y el santo no le correspondia menos en este afecto. Así esta muerte le fué mas sensible de lo que se puede decir. «La muerte de este gran rey, escribe á uno de sus amigos (1), me ha conmovido profundamente, porque verdaderamente es digna de llorarse.»

Pero sobre todo en el corazon de su amigo Deshayes fué donde desahogó completamente sus sentimientos y su dolor. «La Europa, le dice (2), no podia experimentar una muerte mas funesta que la de Enrique..... Este príncipe, tan grande en todo, á cuya vida iba unida la misma grandeza, parecia no deber terminar sino con una muerte gloriosa; y he ahí que el que habia escapado de tantos peligros cae en la calle bajo el puñal de un joven desconocido. ¡Ay, que todo lo que el mundo ofrece de grande no es mas que un fantasma, una ilusion! ¡Dios mío, qué no seamos sábios con tantas esperiencias! ¡Que no despreciemos este mundo tan frágil y deleznable! El mayor honor de este príncipe fué el que, haciéndole hijo de la Iglesia, le hizo padre de la Francia: esta sola dicha es la que me hace esperar que en su último momento, la misericordia de Dios habrá puesto en su real corazon la contricion necesaria. Mucho he rogado á la soberana bondad tenga misericordia para el que la ha tenido con muchos, y perdone al que ha perdonado á tantos enemigos vencidos.»

Todo conduce á creer que los votos del santo Obispo han sido escuchados, porque los archivos del arzobispado de Burdeos (3) dan fe de que el Cardenal de Sourdis, que

(1) Carta CCVII.

(2) Carta CCIV.

(3) Capítulo X, p. 261.

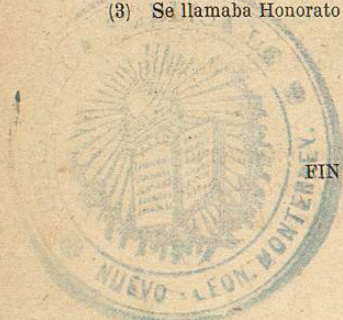
se encontraba en París, tuvo tiempo de llegar á darle la absolucion antes que hubiese perdido el *movimiento* y el *calor de la vida* (1). Se lee tambien en las memorias de Poutchartrain (2), que este gran rey fué conducido al Louvre al punto que fué asesinado, y que allí entregó el alma en las manos de Monseñor el arzobispo de Embrum (3); «habiendo manifestado con los ojos y las manos »que recurria á Dios para pedirle le perdonara y le recibiera en el número de sus escogidos.» Estos son hechos muy conocidos, y que nos es muy dulce consignar aquí. Hay además otro hecho muy digno de notarse, y es que los dias que precedieron á su muerte, Enrique IV estaba preocupado del grande y saludable pensamiento de sus postrimerías. «¿No sabeis, dijo á su confesor el dia de la »consagracion de la Reina, en la iglesia de San Dionisio, »en qué pensaba viendo tanta gente reunida en la iglesia? »Pensaba en el juicio final y en la cuenta que tenemos »que dar allí á Dios.» En fin, el diario de Pedro de la Estrella, escribano mayor en la cancellería de París, refiere que el rey fué el mismo dia que le asesinaron á oír Misa á los Fuldenses, «y se notó, añade este diario, que »habia estado con mas devocion que de costumbre, y que »por mas tiempo se detuvo en oracion. La noche antecedente se habia arrodillado junto á su lecho para orar, y así »que se levantó se retiró á su gabinete con este objeto; y »como veian que se detenía mas tiempo del acostumbrado »le interrumpieron, de lo cual se disgustó y dijo: Siempre »han de impedir mi bien estas gentes.»

(1) Son los términos del secretario del Cardenal.

(2) Nueva coleccion, t. XIX, p. 298.

(3) Se llamaba Honorato del Laurens d'Arlés.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE DE MATERIAS.

LIBRO PRIMERO.

Desde el nacimiento de Francisco de Sales, en 1567, hasta su promoción al sacerdocio en 1593.

CAPÍTULO I. <i>Sus padres, su nacimiento y sus primeros años</i> (años de 1567 á 1573).....	4
II. <i>Sus primeros estudios</i> (años de 1573 á 1580)...	18
III. <i>Francisco de Sales va á París á seguir los cursos de Retórica y Filosofía.—Es combatido de una terrible tentacion</i> (años de 1580 á 1586).....	28
IV. <i>Francisco de Sales deja la Universidad de París y va á estudiar á Pádua</i> (años de 1586 á 1590).....	52
V. <i>Francisco de Sales vuelve á Saboya.—Es recibido abogado en el senado de Chambery, y rehusa mas tarde ser senador.—Se decide por el estado eclesiástico, y es nombrado Prepósito del cabildo de Ginebra.—Sus órdenes y su vida eclesiástica.—Establece la cofradía de la Santa Cruz</i> (años de 1591 á 1593).....	75

LIBRO II.

Desde la promoción de San Francisco de Sales al sacerdocio, en 1593, hasta su eleccion para la coadjutoría de Ginebra en 1598.

CAPÍTULO I. <i>Su primera Misa y su ensayo en el ministerio; rasgos notables de su ciencia teológica.—Procuran indisponerle con el Obispo de Ginebra</i>	
--	--